

Problemas sociales de la adolescencia

Así como nuestro principal elemento vital es el aire y necesitamos estar inmersos en la atmósfera para llevar a cabo normalmente nuestras funciones vegetativas, necesitamos estar englobados en un medio social para desarrollar nuestras facultades de seres inteligentes y responsables.

Nacemos con un cuerpo de mamífero superior que conserva toda una serie de supervivencias de estados anteriores; pero este cuerpo que nos enorgullece, nunca llegaría a desarrollarse eficientemente si no recibiéramos más cuidados que los que las hembras irracionales prodigan a sus crías. Nacemos débiles de cuerpo y pobres de espíritu pero somos una promesa porque llevamos dentro una simiente divina que puede convertirnos en reyes de la creación.

Así como una semilla, cuando despierta de su vida latente, desarrolla primero la raíz para asegurar la vida del tallo y llegar a su plenitud de planta, nosotros desarrollamos primero el cuerpo para evitar nuestra prematura eliminación en la lucha por la vida.

Más tarde, y de una manera lenta y progresiva, amanece en nosotros la vida del espíritu.

Nuestra parte animal lleva en sí una serie de instintos violentos e inclinaciones ególatras que se manifiestan de un modo pujante a medida que el cuerpo se desarrolla y fortifica. Y cuando sobran energías y no se tiene capacidad para encauzarlas; cuando el fuego bulle en la sangre y no se sabe qué conviene más hacer arder, entonces es cuando peligra que la bestia que mora en nosotros se desote y embista con todo su coraje.

El gamberrismo es la exteriorización de una vitalidad incontrolada; la manifestación de unas energías que no se saben encauzar. El animal se siente fuerte e importante y aspira; quiere que todos nos demos cuenta de ello; desea singularizarse y, como no es capaz de hacerlo siguiendo por el camino constructivo o su enclenque voluntad no puede poner un dique que regule este potencial de vida desbordante, lo hace obrando violentamente a su capricho.

Pero el acto gamberril tiene un aspecto morboso, que es la complacencia en la destrucción. Sin ella, el acto delictivo no pasaría de ser una explosión de bestialidad, una válvula de escape que podría también hacerse actuar en despoblado y en algo que no dañara a la sociedad. Pero no: el gamberro disfruta con el planteamiento de su villanía, en el acto de cometerla y, sobre todo, en el eco que espera tendrá y en los comentarios subsiguientes. Si su acto bestial dejara a la sociedad indiferente, si supiera ciertamente que no iba a fastidiar ni perjudicar a nadie, perdería todo aliciente. El aspecto peligroso del gamberro es que halle placer en alterar el orden social.

Ello nos lleva de mano a plantear el problema educativo de nuestra adolescencia. Entusiasmados en nuestro empeño de llenar cerebros de «cosas útiles» olvidamos enseñar a pensar y a sentir. Tendemos a esculpir individualidades, pero no a forjar buenos ciudadanos; conseguimos multiplicar los hombres de negocios pero no los buenos amigos. Considerados uno a uno, sin duda somos algo; pero integrando una sociedad parecemos un rebaño que sólo paca en terreno permitido porque los dientes del perro guardián imponen disciplina.

Para hallarnos cada uno de nosotros en verdadero equilibrio en las agrupaciones más o menos extensas de que formamos parte, precisamos poseer firmemente en nuestra intimidad el sentido social de la vida.

Y este sentido social nos exige que sepamos que los demás también existen; que son seres como nosotros y que desean y tienen derecho a los mismos bienes que apetecemos

nosotros.

El tan conocido principio de contabilidad, «quien recibe, debe» es también un principio de moral social.

El individuo no puede beneficiarse y gozar egoístamente de las ventajas que le proporciona la sociedad sin contribuir él a su perfeccionamiento. Dice Kipling: La colmena en que cada abeja trabaja para sí exclusivamente, es una mala colmena; hay que quemarla».

Aquella familia en que el matrimonio fuera, como se ha dicho, «un egoísmo entre dos» sería un ambiente fatal para los niños... si es que nacieran.

Aquella sociedad en la que imperara el nepotismo sembraría el desaliento entre sus asociados y caminaría hacia el descrédito y la ruina.

Para que la vida comunal sea digna y floreciente es preciso que tengamos conciencia de nuestros deberes sociales, los cumplamos y ayudemos a resolver los problemas que se presentan.

Empecemos por considerar hoy algunos problemas de la infancia.

Hay niños que, aparentemente, viven en sociedad como los demás, pero, realmente, la sociedad no hace más que soportarlos físicamente sin llegar a integrarlos. Suelen ser huérfanos semi-abandonados, niños engendrados accidentalmente (al azar o por descuido) hijos de padres irresponsables, egoístas o tan ocupados que no pueden, no quieren o no saben darles calor de hogar y orientarles en el camino de la vida.

Estos niños que podríamos llamar «asociales» crecen como las plantas silvestres, abandonados por comodidad o por necesidad. Suelen abundar en las grandes ciudades y constituyen los «golfillos». No son malos ni resentidos; son, simplemente abandonados.

Puede llegar un día, y por desgracia suele llegar indefectiblemente, en que estos niños «asociales» traspasan la barrera de la Ley y es curioso que la sociedad que los ignoró como seres humanos dignos y responsables, les cae encima con todo rigor. Y entonces el niño asocial, naturalmente bueno, sabe lo que es el delito y corre peligro de convivir con él. Si así lo hace, se sitúa intencionada y libremente, cara a cara, contra la sociedad; puede llegar a ser un agresivo por venganza o por resentimiento. De «asocial» que era pasa a ser «antisocial».

Hay también niños y jóvenes «antisociales» por humillación. Son los mimados como perritos falderos que se han criado en la abundancia de todo, incluso de caprichos. Están convencidos de que su voluntad es ley. Mientras viven en el seno familiar e incluso en las demás esferas sociales donde llega la influencia paterna, sus extralimitaciones son primero celebradas como travesuras, después soportadas con una forzada sonrisa y acaban disimuladas y enterradas con billetes de Banco o con tentadoras proposiciones que compran el silencio. Pero si delinquen fuera de su esfera de influencia y son tan solo seriamente amonestados, pasan a engrosar las filas de los «antisociales por humillación».

Estos problemas de índole psicológica que antes pasaban desapercibidos, empiezan a cobrar la importancia que realmente tienen y si el Estado y la Sociedad toda se preocupa en serio de la Enseñanza Primaria, llegarán a desaparecer las escuelas-rebaño y cada niño será estudiado, tratado y orientado convenientemente a fin de sacar el máximo provecho de su individualidad dentro de una sociedad más perfecta.

José Mas Dalmau.